



Administración:
7.^a Avenida, Este, 42
San José, C. R.

EOS

Propietarios:
Falcó y Borrásé
Apartado 638

APUNTES Y RECORTES

Cuestiones de enseñanza

I

¿Qué se entiende por racionalismo?

No vamos a examinar lo que significa el racionalismo para Juan o para Pedro, sino lo que significa en general, lo que por tal entiendo el común de las gentes. Perderíamos el tiempo lastimosamente si nos detuviéramos a considerar las mil opiniones particulares que no tienen más base que los fáciles decretos de la pereza intelectual.

Racionalismo (primera definición): Doctrina filosófica cuya base es la omnipotencia e independencia de la razón humana.

Racionalismo (segunda definición): Sistema filosófico que funda sobre la razón las creencias religiosas.

Racionalismo (tercera definición): Más que un sistema filosófico o un método, es el carácter general de todo pensamiento *especulativo* que únicamente admite la razón como criterio de verdad.

Y basta. Como se ve, en las tres definiciones se proclama la soberanía de la razón. Frente a toda fe y a toda autoridad, la razón recaba sus fueros. Y al recabarlos, crea sistemas nuevos de filosofía, religiones *nuevas* también.

Racionalista y libre pensador es todo uno, puesto que ambos «sólo admiten para garantizar la verdad de su pensamiento el pensamiento mismo y sus leyes, refutando toda otra clase de argumentos, incluso el histórico, ínterin la razón no discierne por sí misma el tanto o cuanto de verdad que encierra».

Y no hay más ni hay menos. Frente a la fe y a la autoridad, la razón. Pero, ¿qué razón? ¿La de Juan o la de Pedro? La razón es meramente individual, y al proclamarse soberana ha engendrado errores y absurdos que la experiencia se ha encargado de desbaratar. El racionalismo ha llenado el mundo con mil geniales divagaciones, pero divagaciones al fin, de la metafísica y de la filosofía. Como añadida al error religioso, tuvimos el error filosófico, y el error político,

y el error económico. La razón ha creado tales sistemas, tales dogmas, que contra sí misma tiene que rebelarse.

Enhorabuena que el individuo recabe el derecho de guiarse por los dictados de su razón; pero erigirla en soberana, suponerla capaz de darle a todo el mundo el criterio exacto y la certidumbre de la verdad, es tan gran desvarío, que sólo así se comprende que los cien genios del filosofismo racionalista no hayan logrado estar de acuerdo ni una sola vez. Al gran Leibnitz se le ocurrió idear una razón impersonal (*perennis philosophia*) como base de la verdad, penetrado, sin duda, de que, para la razón individual, todo es según el color del cristal con que se mira. Pero semejante razón impersonal es pura abstracción, puro expediente filosófico para resolver de la mejor manera posible una dificultad insuperable. Así, el racionalismo como sistema, método o lo que sea, de indagación de la verdad, ha fracasado, aunque permanezca firme como lucha contra la revelación, contra la fe, contra la autoridad del dogma.

Por esto es cosa pasada el filosofismo y anacrónica la pretendida soberanía de la razón. La verdadera ciencia, que no se paga de soberanías, ha tomado resueltamente el camino de la experiencia, y funda sus construcciones sobre hechos y leyes comprobadas y no sobre frágiles creaciones del pensamiento, tan dado a lo extraordinario y a lo maravilloso. Naturalmente que la razón es el instrumento necesario para traducir, ordenar y metodizar los datos de la experiencia, pero no va más allá, y cuando lo pretende, por una vez que da en la verdad, cien da en el error.

La naturaleza, la realidad, no es un silogismo; es un hecho. De este hecho podrá nacer el silogismo; pero menester será que el instrumento de interpretación, el entendimiento, no se equivoque, para que tal silogismo sea idéntico para todo el mundo.

Si a un hombre, lo más inteligente posible, pero ajeno al mundo civilizado, se le dijera que un armatoste de acero se mantiene a flote sobre las aguas del mar, negaría en redondo semejante posibilidad, fundado precisamente en los dictados de su razón. Si se le dijera que otro armatoste metálico surca libremente los espacios, negaríase también, en firme, a admitirlo. Su razón, todas las razones dicen que cualquier objeto más pesado que el agua se va a fondo, que cualquier objeto más pesado que el aire se viene al suelo.

La razón, cuando no se apoya en la experiencia, yerra o acierta por casualidad.

Mas no es necesario apelar al hombre no civilizado. Hay un hecho que da la clave de la cuestión: cuando en un tubo donde hay agua se ha hecho el vacío, el agua sube; la razón, no pudiendo explicarse el suceso, inventó el *horror al vacío*. Pero la experiencia nos permitió conocer la presión atmosférica, la ley de la gravedad y tantas otras cosas que a la razón, por sí misma, no se le habían ocurrido; y entonces la razón se dió cuenta de que el agua sube por el tubo donde se

ha hecho el vacío, precisamente porque no está presente la acción o presión atmosférica. Y esta explicación, que los encastillados en el racionalismo llamarían racional, no es más que una *explicación de hecho*, sobre la cual la razón puede construir todavía nuevas invenciones y nuevos errores.

En realidad, la razón es tan maravillosamente apta para explicarse los motivos de lo que la Naturaleza le da explicado, como incapaz de fundar por sí misma una sola verdad o una sola realidad, si se quiere. Es verdad que la experiencia de los siglos debería hacernos tan desconfiados de la razón como de la fe. Pero es más fácil y más cómodo imaginar e inventar que investigar pacientemente y encontrar con tanto trabajo como eficacia los hechos y las conexiones que los ligan, y de ahí que el pretendido racionalismo tenga tantos adeptos en todas las zonas y en todos los climas ideológicos.

Donde la experiencia falta, la razón quiebra casi siempre. No, no basta la razón. Todas las cosas tenidas por racionales suelen ser infundadas y opuestas a la realidad. A lo sumo, van conformes a las apariencias. No, la razón no basta. Es precisa la experimentación constante, el análisis terco y porfiado de los hechos, la investigación tenaz, y, por encima de todo, la *verificación* necesariamente *a posteriori*, de las consecuencias deducidas, para que la razón pueda levantarse modestamente sin énfasis, a formular la más elemental de las verdades. Los hechos son algo más que los silogismos y mucho más que la escolástica, de que andamos aún contaminados los que presumimos de hombres de porvenir y somos solamente unos pobres remedos del hombre de ayer.

Menos razones y más experiencias; menos racionalismos y más realidades; menos gimnasia de calenturientas imaginaciones y más bagaje de conocimientos positivos y de hechos de naturaleza, nos harán aptos y merecedores de otras civilizaciones y de otro mundo mejor, que por el camino de las construcciones especulativas y de los disfraces de la fe andaremos siempre girando en torno de todo lo atávico y de todo lo erróneo.

Que es precisamente todo lo contrario de lo que, al parecer, muy racionalmente anhelamos.

Y no se nos arguya que así como hay la razón de Pedro y la razón de Juan, hay también la ciencia de Juan y la ciencia de Pedro. Cuando se habla de ciencia, se traspasa sus propios límites si en ella se quiere incluir algo que no esté comprobado y verificado de tal modo que no pueda suministrar materia de discusión. Si la suministra, podrá el asunto estar en los dominios de la investigación científica, pero no estará en la ciencia constituida; por cuyo motivo, la ciencia, propiamente dicha, es una y solamente una.

Dadas estas premisas, ¿cómo admitir el adoctrinamiento de las gentes por medio del racionalismo que para cada individuo puede significar tal o cual otro método, sistema o doctrina filosófica y hasta reli-

giosa? ¿Cómo admitirlo, sobre todo, cuando se trata de los niños que aún no están en pleno uso de sus facultades y pueden, por ello, ser inducidos al error?

Perfectamente que cada uno opine como quiera, que cada uno, como es natural, no admita autoridad alguna sobre su razón; pero esta misma razón, si no está cegada por las enseñanzas dogmáticas o por sus reminiscencias, habrá de decirle que ella no basta para determinar la verdad, que se halla toda entera en las cosas universales y en sus leyes, en los hechos de experiencia y en las realidades de la vida toda, no en las imaginaciones de cualquier buen ciudadano cada bella mañana. Y esa misma razón que se proclama soberana, habrá de dictarle imperativamente el respeto a las otras razones, tan soberanas como la propia. Y dictándose, la enseñanza habrá de reducirse necesariamente a las cosas comprobadas y verificadas, que es lo que constituye la ciencia. Ni aun las ideas que más verdaderas parezcan por militar a su favor el universal consentimiento, habrán de ser enseñadas, al menos como verdades comprobadas, puesto que los más grandes absurdos han contado o cuentan todavía con ese universal consentimiento.

Parécenos lo dicho claro y sencillo, fuera de toda parcialidad de doctrina o de opinión, y porque nos lo parece, procuramos llevar estas ideas al sentimiento de nuestros lectores. Si hay quien por ello se disguste o se moleste, será sensible, pero no suficiente para que renunciemos a la afirmación constante de lo que creemos puesto en razón.

Y si aún se dijere que no es eso el racionalismo, replicamos por anticipado que ni antes ni ahora nos preocupamos de lo que las cosas puedan ser para fulanito o para mengano, muy señores nuestros, sino de lo que en sí mismo significan o nos parece que significan.

Por todo lo cual debemos continuar, mientras podamos, multiplicando los golpes de martillo sin temor a que se rompa el yunque.

(Continuad).

«Ninguna religión, excepto una, puede soportar la prueba de la ciencia» (de Maistre). Evidente. Si hay una sola religión verdadera, todas las otras deben ser falsas. ¿Cuál es la verdadera?

Yo diría lo contrario: todas las religiones son verdaderas; todas soportan la prueba de la ciencia: todas la soportan y ninguna queda ileso; porque en todas hay verdad, sin que ninguna sea la verdad misma o la verdad entera.

Otro tanto diría de los llamados sistemas filosóficos.

Todos estos sistemas y todas las religiones tienen en efecto, las mismas raíces. Estas raíces están en el hombre y en el mundo exterior al hombre. En todos y en todas hay verdad.

E. J. R.

¡PATRIA!

¿Habéis notado que casi no hay una obra puramente patriótica que sea de veras obra de arte? Para que yo me conmueva se necesita que el amor a la Patria se combine con otros sentimientos y que la Patria misma se convierta en algo vivo y concreto. Cuando oigo declamar sobre el amor a la Patria, me quedo impávido, hundo celoso mi amor en mí mismo, para ocultarlo a las trivialidades de la retórica, que harían de él un no sé qué de falso, de vacío y de convencional. Pero cuando en un salón familiar siento y reconozco a Francia en la amabilidad de las conversaciones, en la indulgencia de las costumbres, en no sé qué generosidad ligera, en la gracia de las caras femeninas; cuando atravieso a la hora en que se pone el sol el armonioso y noble paisaje de los Campos Elíseos; cuando leo algún libro sutil de uno de mis compatriotas en que saboreo los últimos refinamientos de nuestra sensibilidad o de nuestro pensamiento; cuando regreso a mi provincia, al hogar de la familia, y cuando, después de las elegancias y de la ironía de París, siento a mi alrededor las virtudes heredadas, la paciencia y la bondad de esta raza a que pertenezco; cuando abarco, desde alguna curva de la ribera, el Loira que se extiende azul como un lago, con sus praderas, sus álamos, sus islotes rubios, sus matorrales de juncos azulosos, su cielo ligero, la dulzura que se expande en el aire y, no lejos, en ese país que amaron nuestros antiguos reyes, algún castillo cincelado como una joya, que me recuerda la vieja Francia, lo que ha hecho y lo que en el mundo ha sido: entonces siento que me embarga una ternura infinita por esta tierra materna en la que tengo por todas

partes raíces tan delicadas y tan fuertes; pienso que la patria es todo lo que me ha hecho lo que soy: son mis padres, mis amigos de ahora y todos mis amigos posibles; la campiña en que sueño, el bulevar donde charlo; son los artistas que amo, los bellos libros que he leído. La Patria—no me concibo sin ella,—la Patria soy yo mismo por completo. Y entonces soy patriota del mismo modo que el ateniense que sólo amaba a su ciudad y que no quería que la tocasen, porque la vida de la ciudad se confundía, para él, con su propia vida. En efecto, hay que sentir así: ¡es tan natural! Pero no hay que decirlo: es demasiado difícil y no tenemos el derecho de ser triviales al expresar nuestro más querido pensamiento!

De *La Información*.

J. LEMAITRE

FRANCIA es, quiéranlo o no sus detractores, la maestra suprema de nuestros intelectuales. Por cada uno de ellos que bebe directamente en las diversas culturas, hay treinta, por lo menos, cuya educación mental ha sido hecha exclusivamente por París.

Sin embargo, es frecuente que estos señores, nutridos con ideas francesas, abominen de la madre a quien todo lo deben. Para los tales escribí yo un epigrama que fué publicado hace tiempo en *Serenidad*.

Está dedicado a un galófago y dice así:

«Cuando juzgas a Francia, tu dialéctica es rabiosa. . . y sin embargo, mi *inenarrable* autor, lo único que vale de tu obra, es francés. . . París ha sido siempre tu colaborador. Así, a pesar de todo tu orgullo, tu arrogancia, tu galofobia cáustica, tu mordaz acritud, el oro de tus libros es buen oro de Francia y lo tuyo. . . lo tuyo sólo es la ingratitud!»

AMADO NERVO

El terreno de la teología y de la alta psicología no puede soportar ningún campeón que sea temible. Puede uno avanzar con apostura fanfarrona; pero el gesto es el de un niño que juega al general. Es ésta una observación consoladora que debe reanimar el valor de la razón.—KANT.

(Citado por Cousin, trad. E. J R.)

De un artículo

DE JACINTO LÓPEZ

(*La Reforma Social*, febrero de 1918).

A las congratulaciones del Burgomaestre de Hamburgo, el Kaiser contestó: «Debemos dar la paz al mundo . . . Este objetivo se cumplió ayer amigablemente con un enemigo que, vencido por nuestros ejércitos, comprende que no hay objeto en prolongar la lucha, nos extiende su mano, y recibe la nuestra . . . Pero el que no acepte la paz . . . debe ser forzado a aceptarla. Deseamos vivir en amistad con todos los pueblos vecinos, pero el triunfo de los ejércitos alemanes debe ser antes reconocido. Nuestras tropas, bajo el gran Hindenburg, continuarán triunfando. Entonces la paz vendrá.»

Nada hay más siniestro que estas palabras, ni nada que mejor manifieste la verdadera naturaleza de la situación. Había paz con Rusia en 1914. Pero esto no bastaba. Era necesario sustituir esta paz por una paz alemana. Esta fué la razón de la guerra. Rusia no existe. La derrumbó la guerra. Es uno de sus restos quien acepta la paz alemana, impuesta por la espada de Alemania. No puede tratarse a un vencido con más crueldad ni con más desprecio. En el duelo de su derrota, Ucrania escucha la palabra suprema del Kaiser pregonando que la paz que acaba de firmarse es hecha por la fuerza y la fortuna de sus armas, y que recibe la mano que le tiende el vencido—un vencido que ha escrito páginas de insuperable heroísmo en la historia de la guerra—sólo después que ha reconocido la victoria de las huestes germánicas. Es la soberbia de los tiempos antiguos, los tiempos bárbaros en que la humillación del adversario era el primordial y más ansiado objetivo de la victoria.

No es la retórica ministerial de Hertlin y Czernin, los escénicos Condes que en Berlin y en Viena sostienen un intermitente debate sobre la paz con Lloyd George y Wilson en Londres y en Washington, a lo que el mundo debe poner el más atento oído en estos graves momentos. Por su ineficacia y por su inconsecuencia con respecto a los hechos y los fines que se propone, este debate es bizantino. Es muy útil y muy importante en otros sentidos, pero no abrirá la puerta de la paz. Lo que el mundo debe escuchar son las palabras del Kaiser. El es la fuente, la sola fuente de la verdad y de la realidad en

Alemania, porque él representa al ejército, y habla por el ejército, y el ejército es la sola verdad y la sola realidad en Alemania. El Reichstag no es un poder en Alemania, ni mucho menos. Su recinto es un parlatorio. Allí se reúne periódicamente una solemne sociedad cuya función es hablar, hablar, hablar. El pueblo no es tampoco un poder. Vale tanto como el Reichstag, que lo representa. El solo poder en Alemania es la casta gobernante, la casta militar, que trata al pueblo alemán con disciplina de hierro, y resuelve las huelgas y las tímidas tentativas de resistencia, con la ley marcial. Y asimismo, el solo poder en la Cuádruple Alianza es Alemania, es decir, la casta militar que gobierna a Alemania y en cuyas manos está la espada de Alemania. Y Alemania, es decir, el Kaiser, declara, a estas horas, que para vivir en paz y amistad con Alemania es preciso antes reconocer el triunfo de los ejércitos alemanes, es decir, del militarismo prusiano.

*

La ruptura en pedazos de la espada de Alemania, símbolo de una civilización implacable, es la sola posibilidad y la sola esperanza de paz. Todo lo demás es mentira.

El emperador alemán habla por su Gobierno y su pueblo. Todos están de acuerdo. Antes de la guerra él les dijo en un discurso:

Vosotros alemanes tenéis sólo una voluntad, y es mi voluntad; hay una sola ley, y esa es mi ley; hay sólo un Señor en este país, y ese soy yo, y al que se oponga lo haré pedazos.

Dijo eso, y no hubo un solo hombre en el Imperio que le tirara un ladrillo. El pueblo alemán es tan semejante a los perros en su obediencia, tan servil en su temor a la autoridad, ha degenerado tanto en su corrosivo egoísmo, lo han hecho embriagarse tanto con un control del Estado que ha borrado de su espíritu todos aquellos principios de justicia y de derecho que exaltan a una nación, que un llamamiento al pueblo alemán para que se liberte de sus amos militares es indigno de la consideración de los grandes estadistas que en Washington y en Londres tratan de dar expresión a las aspiraciones de un mundo oprimido. La opinión pública alemana, o lo que se presenta como opinión pública alemana, es una cosa inventada para servir la ocasión. No existe un solo grupo en Alemania que posea honradez pública, o que sea capaz de hablar con voz propia. Karl Liebhnecht ha sido encerrado en una prisión y por consiguiente no puede hablar. El resto todo es de esclavos voluntarios.

SAMUEL HARDEN CHURCH
Presidente del Instituto Carnegie

El 22 de diciembre, 1917, el Soberano de los alemanes, después de cantar las victorias de las armas y de honrar el heroísmo y la resistencia de sus ejércitos, dijo:

«El año 1917 con sus grandes batallas ha probado que el pueblo alemán tiene en el Señor de la Creación arriba un incondicional y manifiesto aliado en quien puede absolutamente confiar. Sin El todo habría sido en vano... No sabemos lo que nos reserva el porvenir, pero vosotros habéis visto en este cuarto año de la guerra cómo la mano de Dios ha prevalecido visiblemente, castigando la traición y recompensando la heroica persistencia. De esto podemos ganar confianza de que el Señor estará también con nosotros en lo futuro... Si el enemigo no quiere la paz, debemos darle la paz al mundo derribando con el puño de hierro y la reluciente espada las puertas de los que no quieren la paz.»

Una orden de año nuevo dirigida por el Kaiser el 1º de enero de 1918 al ejército y la armada, concluye con estas palabras:

«El pueblo alemán en armas ha realizado así grandes hazañas en mar y tierra. Pero nuestros enemigos aún esperan, con la ayuda de nuevos aliados, derrotaros a vosotros y destruir luego para siempre la posición alcanzada por Alemania en el mundo. No lo conseguirán. Descansando en la justicia de nuestra causa, y en nuestra fuerza, hacemos frente al año 1918 con firme confianza y voluntad de hierro. Así pues, adelante, con Dios, hacia nuevas proezas y nuevas victorias.»

Nuestros ejércitos no serán puestos entre dos fuegos. La justicia está próxima. El país sabrá que está defendido y que es Francia por siempre libre. Hemos pagado un precio demasiado grande por nuestras libertades para ceder ninguna parte de ellas, fuera de la necesidad de impedir publicidad y agitación que pueda aprovechar al enemigo. La censura será mantenida para la información diplomática y política y para aquella que puede perturbar la paz, deteniéndose en el límite del respeto por las opiniones. Una oficina de la prensa dará noticias, sólo noticias, a todo el que las solicite.

En tiempo de guerra, como en tiempo de paz, la libertad se ejerce bajo la responsabilidad personal del escritor. Fuera de esta regla, sólo hay arbitraria anarquía.

CLEMENCEAU

Los ingleses han tenido siempre un sentimiento de raza, que es un patriotismo superior al patriotismo nacionalista y parroquial.

R. BLANCO FOMBONA

Es una estupidez maligna atribuir a los hombres públicos las vicisitudes que el orden de las cosas produce en los Estados...

BOLIVAR (1814)

Fragmentos de un artículo de Ramiro de Maeztu

Volvemos los ojos a las ideas que reinaban sobre los mejores espíritus hace tres años y medio, y no hay ninguna que ya no nos parezca la ruina de una idea. ¿Stuart Mill y el liberalismo? ¡Pero la doctrina de que el individuo tenga derecho a prestar o a negar sus servicios a la comunidad nos parece el más infantil de los egoísmos! ¿Carlos Marx y la interpretación económica de la historia? ¡Pero cómo va a poderse creer que los millones de hombres muertos en la guerra murieron por dinero! ¿Federico Nietzsche y la voluntad de poder? ¡Nos horrorizará su memoria! ¿Tolstoi, Dostoyevsky y el socialismo cristiano de Rusia? ¡Pero nadie podrá contentarse con un espíritu de caridad exento de poder, de veracidad y de justicia! ¿Oscar Wilde y el arte por el arte? ¡Pero a quien le engaña ya esto de tomar el arte por máscara con que encubrir el vicio!

Y otra de las ideas fundamentales del siglo XIX morirá con esta guerra; la del nacionalismo incondicional, que predicaba que «con la patria se ha de estar con razón o sin razón, como se está con el padre y la madre». No digo con ello que desaparecerá el nacionalismo. Más bien se fortalecerá. Cada uno de los pueblos que padecieron los horrores de la guerra dedicará su arte y su literatura a mantener despierto en las generaciones venideras el culto de sus mártires. Todos los pueblos saben muy bien que nada les sirve mejor que el poseer «un agregado de héroes, caracteres, hazañas, sufrimientos, prosperidad o adversidad, gloria o desgracia, común a todos, característico de todos», si se me permite recordar palabras de Walt Whitman.

Pero la naturaleza misma de esta guerra, en que una numerosa coalición habrá luchado para librar a la humanidad de un enemigo común, hará que ninguna de las naciones diga de sus mártires: «Murieron por mí», sino que dirá cada una ellas, para mayor honra de sus mártires: «Murieron por la humanidad».

Los estadistas de los países aliados han tenido que descubrir la verdad profunda que encierran las palabras de un soldado del país de Gales que ha vertido su sangre por la causa común. «No es verdad—escribió éste en el libro titulado *Democracia o Derrota*—que lo que da a los hombres valor para la lucha sea siempre, o casi siempre, el deseo de afirmar el poder de la nación a que per-

tenecen frente al del país que no es el suyo. Para los hombres que se hielan y sudan y padecen de hambre en el mismo barro, lluvia y calores, que contemplan las mismas aldeas demolidas y los mismos campos abandonados, y que apetecen con la misma pasión la vuelta de la paz, tiene que haber alguna sanción más alta para sus acciones que el mero interés de su país. Tanto la vida como la muerte serían insoportables si no la hubiera. El impulso nacional que crea los ejércitos nacionales nace del sentimiento de que un país está identificado con ciertos principios cuyos derechos sobre los hombres son absolutos. No luchan porque el Estado lo ha querido, sino que el Estado lucha porque ellos lo quisieron. No luchan para proteger a Francia o a Inglaterra, sino para evitar que Inglaterra y Francia dejen de ser Inglaterra y Francia, como dejarían de serlo si los ingleses y franceses no luchasen cuando se los dicta su conciencia. No luchan para que viva su país, sino porque sería preferible que cesase de existir a que perdiese el alma por la mera existencia».

No volverá a haber en muchos siglos otra guerra como ésta. Todos los sueños de Monarquía Universal del pasado—Persia, Alejandro, Roma, el Sacro Imperio, Carlos V, Napoleón—se habrán cristalizado en este otro gran sueño de poder que es Alemania. Si este sueño se quiebra también, el escarmiento de los pueblos será definitivo, y ante la imposibilidad de que uno solo domine a los demás, tendrán que aprender todos, los métodos de la convivencia: vivir, dejar vivir y encomendar a la ley la solución de las disputas.

Hay comparaciones irritantes. ¿Qué semejanza existe entre el Kaiser Guillermo y Alejandro o César o Napoleón? ¿Cuál es el Aristóteles que está detrás del Kaiser?—E. J. R.

De una carta

de don Ernesto Martin, Consul General de Costa Rica en Paris, a don Rogelio Sotela.—15 de junio de 1918

....Es claro, que los hombres siguen sujetos al inefable señorío del amor humano, y que el espectáculo mismo de la muerte, más que nunca despótico y frecuente, agujereja las ansias de afirmar la vida; pero este impulso natural de la criatura, este grito de la especie ansiosa de existencia, no encuentran trovadores que los prestigien con los artificios de su estro. Las mujeres siguen siendo soberanamente bellas, la luna brilla como antes con una luz entretegida de tristezas, las flores coronan como antaño la tierra con sus guirnaldas amorosas; pero los artistas no tienen cantos, colores o arpeggios sino para magnificar los viriles dolores, las insuperables gallardías, los sublimes sacrificios de la Francia.

(La Información).

Maestros de economía política

DIOCLESIANO — 289 de nuestra era—(ya vimos en Eos, n° 68, que enseñó la fijación de precios y salarios, etc.). «Felipe IV de Francia, 1285. *Alteró el valor de la moneda, por lo cual lo llamaba el pueblo EL MONEDERO FALSO*; acosado por las necesidades de numerario persiguió a los Judíos, vendió cartas a los comunes y títulos de nobleza a los plebeyos». «Felipe III de España, 1598. Para llenar los descubiertos en que se hallaba la real hacienda *se impusieron dobles gabelas a los pueblos, harto recargados ya con las contribuciones establecidas*; SE ACUDIÓ AL RUINOSO MEDIO DE ALTERAR LA LEY DE LA MONEDA DUPLICANDO EL VALOR DE LA DE VELLÓN, CON LO QUE SE ENCARECIERON, DE UN MODO EXTRAORDINARIO, LOS ARTÍCULOS DE PRIMERA NECESIDAD, *empeorando la ya demasiado triste situación de la clase proletaria y causando una enorme extracción de plata del extranjero*».

Es indudable la sagacidad de nuestros estadistas y legisladores al buscar sus consejeros en tan insignes maestros; pero en el viejo diccionario que estamos hojeando, no se dice si ellos depreciaron la moneda para los acreedores, menestrales y consumidores, y obligaron a los contribuyentes a pagar los tributos con buena moneda de ley antigua. ¿O será éste un perfeccionamiento de las prácticas de los Felipes apellidados por los pueblos y la historia *monederos falsos?*—EREMITA.

Inconvenientes del crédito para los calaveras

En carta de 28 de Abril de 1857 le decía D. Mariano Ospina R. al General Herrán: «Tengo la profunda convicción de que a la Nueva Granada no le conviene por ahora *tener crédito*. Esto le parecerá a usted una paradoja, si no trae a la vista lo que será por mucho tiempo nuestro Gobierno. El crédito es útil a los individuos y a los Gobiernos que tienen juicio (pero a los calaveras y a los tontos, a los muchachos que no han adquirido todavía el criterio suficiente, les es muy perjudicial; y me parece que usted convendrá conmigo en que el Gobierno granadino representado por el Congreso, no ha llegado todavía a la edad de la cordura. Si al amortizar nuestra deuda quedáramos con crédito, habríamos adelantado poquisimo; porque antes de cuatro años tendríamos otra vez sobre nosotros una deuda igual a la presente; y habríamos hecho no sé cuántos centenares de disparates con los fondos obtenidos.»

BALANCES

BANCO ANGLO-COSTARRICENSE

(El más antiguo del País, fundado el año 1863 y Reorganizado el 1º de julio de 1890).

Según su *Balance* del 30 de junio de 1918, tiene:

CAPITAL PAGADO EN ORO.....	C 1.200.000
RESERVAS.....	1.100.000

En 27 años, desde su fundación hasta su reorganización, y en 28 desde ésta hasta la fecha de este *Balance*, el Banco ha acumulado reservas por C 1.100.000, es decir que próximamente—y así lo espera su veterano Administrador—las reservas igualarán al capital.

¡Si fuera verdad tanta belleza! Pero el fruto de la inteligencia, actividad y perseverancia de tantos años de labor, ha sido anulado o casi anulado por el estulto empirismo de los gobiernos. Y ahí va la prueba:

C 1.200.000 eran iguales a.....	\$ 558.139 de oro americano.
Ese capital vale hoy al 450 % de cambio..	\$ 266.666 del mismo oro.
Pérdida al cambio del día.....	\$ 291.463
y como las reservas de C 1.100.000 sólo valen hoy.....	\$ 244.414
la pérdida al cabo de 55 años de labor sería de \$	47.019 del capital,
si la existencia de oro acuñado en caja C	787.412
y la de oro en el extranjero.....	154.720

C 942.132

no vinieran a salvar la mayor parte de él.

Para salvar el resto C 257.868 es preciso aumentar la existencia en oro con esta cantidad, y para no ver desvanecido el resto de las reservas acumuladas en tantos años de perseverante trabajo, sin duda, la Directiva del Banco sabrá tomar rápidas y eficaces decisiones. Rápidas y eficaces decisiones, decimos, porque parece haber señales de mayores perturbaciones monetarias.

La emisión del Banco es de C 1.691.500—de la cual circulan C 689.550. Su existencia de oro en caja equivale al 46-55 % de la emisión y al 114-14 % de la circulación.

BANCO DE COSTA RICA

(Balance al 15 de julio de 1918)

CAPITAL PAGADO EN ORO.....	C 2.000.000
RESERVAS.....	\$ 891.423.78

Oro acuñado en caja.....	C 810.353.88
» en el exterior.....	612.229.76

C 1.422.583.64

Salta a la vista que es preciso aumentar la existencia de oro en C 577.416.36 para salvar íntegramente el capital en oro del naufragio del papel moneda; y como las reservas de C 891.423.78, al cambio del día,

sólo valen \$ 198.094.17 y en colones de oro ₡ 425.902.50, resulta que el *Balance* realmente da una pérdida de ₡ 151.513.90 del capital pagado en oro.

El único valor estable de los Bancos es su oro; el de sus carteras y propiedades sube o baja como baja y sube el cambio de la moneda americana, tipo de contraste hoy.

La emisión del Banco es de ₡ 2.000.000,—de la cual circulan ₡ 595.750; por consiguiente, su existencia de oro en caja corresponde al 45 % de su emisión y al 136 % de su circulación.

El *papel moneda*, como el desierto, tiene sus mirajes; hace ver prosperidades ficticias, como aquél lagos de agua potable, y al concluir la jornada, no hay sino..el desierto.

EREMITA

Julio 26 de 1918.

ALIMENTOS

La naturaleza suministra el alimento; los hombres organizan el hambre.—DUCLOS.

Hace 20 años, los químicos tenían conocidos unos 83 cuerpos simples. De ellos, solamente 12 parecían entrar en la composición del organismo del hombre. Hoy, el número de cuerpos simples encontrados como constituyentes normales de nuestros tejidos llega a 32: carbono, hidrógeno, oxígeno, nitrógeno, fósforo, sodio, calcio, potasio, hierro, flúor, iodo, arsénio, manganeso, zinc, cobre, boro, etc.

Algunos de estos cuerpos se encuentran en cantidad considerable (oxígeno, hidrógeno, carbono, nitrógeno); otros, en proporción menor, pero fácil de apreciar (calcio, fósforo, hierro); algunos, en cantidad pequeñísima (arsénio, zinc, etc.). Todos son igualmente indispensables: necesitamos mucho carbono y poquísimos arsénio, pero sin ellos no hay vida posible.

Estos cuerpos simples nos llegan en forma de agua y de compuestos vegetales y animales. El *agua-alimento* no es agua químicamente pura, hecha sólo de hidrógeno y oxígeno: es una disolución de multitud de cuerpos minerales (cloruro de sodio, compuestos de calcio, etc.). Si acarrea además sustancias vegetales o animales —no agregadas por nosotros intencionalmente—, la juzgamos peligrosa.

Los compuestos alimenticios vegetales y animales hasta hoy bien estudiados, contienen todos carbono como núcleo. Los menos complejos, entre los que parecen más importantes, contienen carbono, hidrógeno y oxígeno, y son fácilmente *combustibles*. Ejemplos: azúcares y grasas comunes.

Químicamente, vivir es deshacerse y rehacerse. Un órgano que trabaja, se deshace (el músculo que se contrae, el nervio que transmite una sensación, etc.). Todos los alimentos sirven para rehacer-

nos: todos son *proteicos*; pero se reserva corrientemente este calificativo para los compuestos alimenticios relativamente ricos en nitrógeno (albúmina, caseína, etc.), si son además ingeribles en gran cantidad, esto es, si valen sobre todo como *materiales de construcción* de nuestros tejidos.

Todos los alimentos son indispensables para el funcionamiento o actividad física del organismo, todos son *dinámicos*; pero este calificativo se aplica especialmente a los alimentos que no son ingeribles sino en pequeñísima cantidad y que valen sobre todo como mantenedores del *estado físico* que conviene a nuestros tejidos: grado exacto de concentración de las sustancias disueltas, forma coloidal o gelatiniforme de las disoluciones, conductibilidad eléctrica, etc.

Entre los alimentos dinámicos propiamente dichos, están los que contienen esos cuerpos simples que el análisis químico ha descubierto con sorpresa en nuestro organismo. A la misma clase pertenecen tal vez las *vitaminas*, compuestos vegetales o animales muy mal conocidos todavía, pero importantísimos, que se revelan en cantidad ínfima ahí donde menos pensábamos. Las vitaminas no soportan ningún alto cocimiento. Entre 100 y 110° de temperatura, son destruidas, y este hecho anula—desde el punto de vista de la alimentación—el valor de ciertos procedimientos de esterilización.

Para comprender el papel de las vitaminas, basta un experimento muy sencillo: someter un par de palomas a un régimen alimenticio de agua y trigo bien descortezado, solamente. Se nota pronto que se debilitan y enferman. Añádase a ese régimen una minúscula porción de las cortezas, y la salud reaparece. Este hecho lo expresamos diciendo que hay una vitamina en la corteza del grano de trigo.

Si recordamos ahora que nuestro aparato digestivo ofrece amplias cavidades (boca, estómago, etc.) y tiene no menos de 10 metros de longitud; si recordamos, en otros términos, que nuestro aparato digestivo es un transformador de *volúmenes*, podemos cerrar este artículo con las siguientes conclusiones:

1. Un buen régimen alimenticio no consiente exclusivismos de ningún género: la variedad es condición primordial. Los frijoles nos suministran alimento fácilmente combustible, alimento proteico, COBRE, celulosa para hacer volumen; el huevo de gallina nos ofrece, como rareza, ZINC; los tomates, FLÚOR; la mostaza, mironato de potasio; etc.

2. La mejor preparación de un alimento es la que mejor respeta a la naturaleza: la que conserva su carácter *integral*—como se dice—a la fruta, al grano, a la legumbre, al huevo, a la leche, etc.

Esta parte sirve como combustible, esta otra como proteica, aquella como vitamina, y la que creíamos inútil sirve para dar volumen a la masa.

Este artículo es de química o de higiene—¡qué sé yo!—, pero, cambiando cuatro palabras, lo transformaré próximamente en un artículo de pedagogía.

E. J. R.

No hay cosa, por buena que sea, que no requiera un modo y una medida.

Los ejercicios respiratorios (*natación en el aire, salto a la cuerda—sin cuerda*, etc., siempre con la boca cerrada), son cosa excelente, y nunca demasiado encomiada, si hechos al aire libre, donde no haya polvo ni otras personas vecinas, y en tanto no aparezca el cansancio. Cambie Ud. la manera y la medida, según lo hacen practicar algunos maestros de escuela—juntando para ello a los alumnos dentro de la sala de clase—, y verá.... tornarse el vino en vinagre.

E. J. R.

«En el transcurso de una terrible crisis económica que desoló, hace algunos años, parte de Rusia, preguntaron al gran escritor Tolstoi los mejores medios para aliviar los sufrimientos del pueblo. Y el escritor respondió: «¡Dad vuestro amor!» Y como se mostraran extrañados y hasta hubo quien acogiera estas palabras con risas, Tolstoi añadió: «Sí, dad vuestro amor. El que da el pan no siempre da su amor; pero el que da su amor, siempre ofrece su pan».

Director responsable: ELÍAS JIMÉNEZ ROJAS, Apartado 230, San José.

Imp. Falcó y Borrásé

Administración:
7.^a Avenida, Este, 42
San José, C. R.

EOS

Propietarios:
- Falcó y Borrásé -
Apartado 638

APUNTES Y RECORTES

FRAGMENTOS

de algunos de los discursos pronunciados por el nuevo Presidente de Colombia, don Marco Fidel Suárez, con ocasión de las manifestaciones de que ha sido objeto últimamente.

En el acto en que el Gran Consejo Electoral le entrega la credencial de Presidente de la República:

La política, entendida como arte de servir al bien común, suele ser ejercicio en que el peso y el valor de las cualidades individuales tienen mucho de extrínseco y proveniente de las circunstancias. Aquí como en los números, un tenue guarismo puede adquirir valor adventicio a causa de la situación que le toque, y ejercer influjo notable en la combinación con otros valores.

Así me explico la designación que os servís comunicarme, honorable señor Consejero; así me explico los deberes que se me señalan, deberes gravísimos siempre para cualquier ciudadano, pero agobiadores en estos momentos para un sujeto de cualidades ordinarias.

Puede suceder que lo más conveniente sea hoy para Colombia la reflexión y madurez aplicadas por todos sus hijos al estudio y satisfacción de sus necesidades diversas, y puede por eso mismo suceder también que para tal fin convenga accidentalmente no un hombre superior por sus talentos y por sus proezas, sino un hombre de opacos méritos y humildes circunstancias, que atienda y se aplique mucho al desenvolvimiento espontáneo de las aspiraciones

nacionales y propenda así, como fautor activo, no como conductor inspirado, al cultivo de la libertad, la justicia, el progreso y la paz, formas varias de una misma idea.

*

Dirigiéndose a la juventud conservadora:

En pago de vuestros generosos propósitos y ofrecimientos, en retorno de vuestra obra, ya gloriosa y eficaz, nada puede ofreceros este vuestro favorecido conciudadano sino la cooperación de un entendimiento que desciende, de una mano que decae, y de una voluntad servida apenas por las buenas intenciones. Vosotros sois la aurora que se eleva pura y refulgente, en tanto que los que acabamos somos débil hombre y corriente próxima a final reposo. Obrad, pues, vosotros, esforzaos y suplid con vuestra energía y vuestra generosidad lo que falta a aquellos que sólo guardan aliento para amaros, estimularos y aplaudir vuestra obra. Y no olvidéis que lo más necesario e importante para nuestra Patria en estos infortunados días es realizar una política nacional, servida por todos en obsequio de todos.

*

Dirigiéndose al Dr. Jiménez Triana, quien acababa de hablar en nombre de *La Voz Nacional*:

Vos y vuestros colegas merecéis efusivos parabienes por esa obra civilizada que os ha servido para defender la verdad y la justicia del modo que ellas exigen y en la forma adecuada a esos grandes objetos, esto es, con firmeza y al mismo tiempo con moderación, con argumentos y razones y no con armas vedadas.

Nada tan poderoso en la política y en el desenvolvimiento de los pueblos como la Prensa. La imprenta no sólo propaga indefinidamente las ideas, sino que presta mágico poder a cuanto expresa, y suministra a los conceptos una autoridad especial, de que no disfrutaban los otros medios de expresión empleados por el hombre. Será por la nitidez de la forma; será porque siempre se supone que aquello que se entrega a ese universal vehículo, para que

circule de una manera perdurable, no puede o no debe ser profanado por la mentira; será tal vez porque también se supone que aquel que ocupa la cátedra de la Prensa está más obligado que nadie a pensar mucho lo que dice, suposición que da mayor peso a sus informaciones y enseñanzas. Será por esas o por otras razones; pero ello es que Guttenberg, al dotar al linaje humano con el arte de multiplicar en el espacio y eternizar en el tiempo las ideas, no sólo descubrió en favor de las ciencias y las letras campos inmensos y fecundos, sino que agitó con hálito divino las facultades de hombres y de pueblos y aceleró e hizo infinita, en cierta manera, la fuerza que los impele a la civilización por el camino del progreso, unas veces tranquilo y otras veces tempestuoso, y bajo constelaciones ya plácidas, ya sangrientas.

De aquí la extraordinaria importancia del periodismo, de aquí la gravedad enorme de sus deberes y lo imponderable de sus responsabilidades. El escritor que fabrica en cierto modo la opinión pública, es decir, el periodista, dirige el laboratorio en que se forja el rayo o se produce la luz bienhechora, en que se cultivan la paz y la prosperidad o se desatan las guerras y revoluciones maléficas, en que se sirve a la verdad o se fomenta el error, en que se labra el bienestar del pueblo o se envenenan las fuentes de su vida.

No hay por tanto quizá entre las funciones de la vida republicana una tan grande, tan fecunda y tan trascendental, como ese misterioso taller de las ideas, como ese obrador soberano de las opiniones y aspiraciones populares. El Fausto que preside esa oficina, combinando los simples de la verdad o el error y preparando para la sociedad la panacea o el upas, es por consiguiente entre todos los ciudadanos el que mayores responsabilidades contrae ante el tribunal de la Justicia suprema y ante el tribunal de la posteridad. Por lo cual está obligado a pensar todo lo que dice, a seleccionar y ordenar todo lo que piensa, y a proceder con balanza de precisión, para que sus informaciones y su crítica se guíen por la verdad, la justicia y el amor

a los demás hombres. Su guía deben ser los principios de la ciencia y no la audacia ignorante y vocinglera; su estímulo ha de ser el interés por el bienestar común, y no el egoísmo depravado ni el interés que ensordece la conciencia; su norma necesita ser el respeto al derecho y el temor de las responsabilidades históricas y eternas. Nada de ligereza, nada de impiedad, nada de odio, nada de contradicciones inconscientes, nada de palabras vanas. Todo esto profana la verdad y hace que la justicia vierta lágrimas. Todo eso invierte los naturales resultados de aquel magisterio divino. La Prensa que incide en esas faltas y comete esos pecados mancilla el honor, arrebató la tranquilidad del hombre, baldona la virtud y no censura el vicio, agita la sociedad en vez de procurar la paz, tolera la injusticia, en lugar de vituperarla, y lejos de promover la felicidad social es verdadero flagelo de la civilización.

De Nuevo Tiempo, de Bogotá.

LEYES ECONOMICAS

Las leyes económicas, que como las físicas, parecen perturbarse no pocas veces con fenómenos súbitos, en ocasiones inexplicables aun para hombres de ciencia, recobran luego su imperio, y cuando se las olvida y se pretende proceder contra su acción natural, resulta ilusorio y aun nocivo lo que se haga.

(Del *Mensaje* del Presidente Concha al Congreso de Colombia, 1918.)

Ptolomeo Philadelpho, rey de Egipto, pidió a su maestro, el geómetra Euclides, que hiciese en su favor algo por allanar las dificultades de la demostración científica, en verdad bastante complicada en aquellos tiempos. Y Euclides le respondió: «Señor: no hay en la Geometría senderos especiales para los reyes».

Director responsable: ELÍAS JIMÉNEZ ROJAS, Apartado 230, San José.

Una semana con la "Legión Extranjera"

De una serie de bellos artículos de E. GÓMEZ CARRILLO

publicados en «América Latina»

La Legión es un mundo de contrastes sociales, mentales y sentimentales. Cada pueblo trae a nuestro núcleo sus virtudes y sus vicios. Cada grupo sigue, dentro de nuestra vida militar, una curvâ evolutiva igual a la de su patria de origen. Vea Ud. a los rusos, y notará en ellos, desde el principio de la guerra, el germen de la anarquía que ha destruído el Imperio. Antes de que la Revolución estallase en Petrogrado en 1916, ya aquí había sido necesario luchar contra minúsculos *soviets*, que eran una amenaza para la disciplina general. Vea Ud. a los españoles, perpetuamente divididos en partidos regionales, perpetuamente ocupados en disputas religiosas y políticas. Todos muy francófilos, pero cada uno a su manera, sin unidad, con más inteligencia que carácter. Vea Ud. a los escandinavos, masas reducidas y compactas, solidarias, animadas por una fuerte y sana ambición. Vea Ud. a los suizos, prácticos, codiciosos, ordenados, automáticos. Vea Ud. a los polacos, siempre soñadores, más felices de tener una bandera nacional que de tener donde dormir... Y entre las diferencias psicológicas, aparecen los terribles desnivelamientos sociales, con muchos pobres, con muchos miserables al lado de muchos ricos; con muchos que nunca reciben una carta, un paquete postal, junto a otros que no saben qué hacer de lo que tienen... Y naturalmente, los que sabemos que el regimiento es una familia, sentimos algo de vergüenza al notar que tenemos más que otros, y escondemos nuestro bienestar material cuando no podemos compartirlo.

—Sí—exclama el chileno—eso nosotros, los sentimentales latinos... Pero vean Uds. a los yankees... Esos no piensan más que en sí mismos, y aunque supieran que un compañero se está muriendo de ganas de tomar una copa de vino a su lado, no abandonarían sus botellas de champagne.

—... Son generosos materialmente; gastan todo lo que tienen; dan a quien les pide... Lo que no tienen, es la generosidad espiritual.

—Es un pueblo sin gran inteligencia.

—¿Cómo, entonces, explicarse su desarrollo estupendo?...

--Por el carácter... Así, nosotros, los españoles de América, como los españoles de Europa, somos talvez la raza más inteligente del mundo... ¿Para qué nos sirve la inteligencia, puesto que carecemos de carácter?... Una raza pesada y poco sutil, cual la alemana, nos engaña lo mismo que si fuéramos niños... ¡Ah! nosotros sí podemos decir que esta guerra nos salva de la esclavitud... Más que Francia, más que Bélgica, nuestro Continente hallábase en peligro de caer bajo el yugo germano... El célebre mapa de Tannenberg no es una fantasía de geógrafo embriagado por utopías de conquista. La Alemania austral, con su primer Estado formado por el Paraguay, el Uruguay y el Sur del Brasil, habría sido una realidad dentro de pocos años. Y a esa Prusia americana los pan-germanistas le habían ya marcado su radio inmenso de acción militar, de tal modo que, en menos de un siglo, toda la América del Sur habría sido una colonia. Los alemanes se decían, no sin lógica: «Puesto que cien mil ingleses dominan a trescientos millones de seres débiles en la India, ¿por qué un millón de germanos no ha de dominar a unos cien millones de hispano-americanos degenerados, desunidos, debilitados por las revoluciones y las rivalidades?»

—¿Y los Estados Unidos, lo habrían permitido?

—Los Estados Unidos, con sus diez millones de alemanes dentro de su territorio, también habrían sido alemanes... Sin la batalla del Marne, todo el mundo habría sido alemán...

Ya nadie se acuerda ni del champagne, ni del sitio, ni de la hora... Ardientemente, quitándose los unos a los otros la palabra, salpicando los discursos de sonoras exclamaciones, un largo debate sobre la psicología de los pueblos se entabla. Y yo contemplo con sorpresa a este grupo de hombres vestidos de soldados que, en una hostería del Norte de Francia, barajan en mi lengua todas las paradojas sociológicas de nuestro tiempo. Con una cultura extraordinaria, como sólo en los americanos refinados se encuentra, cada uno recurre a la historia, a la ciencia, a la literatura, a la política, para sostener sus tesis. Se trata nada menos que del porvenir de la América Española. ¿Hay allí una raza inteligente, brava, enamorada del progreso?... Todos están de acuerdo en declarar que sí. Pero, para algunos, tales virtudes no han contribuido nunca al engrandecimiento de los pueblos. «Todo está en el carácter,» asegura de nuevo el chileno. Y en apoyo de su teoría, nos traza un cuadro de las épocas de decadencia y de conquista. Los bizantinos del siglo XIV eran, sin duda, seres de una inteligencia extraordinaria y de un gran valor. Los turcos, que los amenazaban, eran bárbaros incultos, sin ideas, sin talento, y de seguro no muy buenos soldados, puesto que los seis mil catalanes de Roger de Flor los derrotaron en varias batallas. ¿Por qué, a pesar de eso, Bizancio sucumbió? Porque los turcos de entonces, como los alemanes de hoy, no tenían más que un ideal estrecho, una especie

de obsesión singular, una fe orgullosa, que se reducía a la conquista. Había en ellos una llama mística que les permitía concentrar sus energías en un solo punto. Pacientes, tenaces, rudos, soportaban los reveses siglo tras siglo, y no se daban nunca por vencidos de un modo definitivo. Los bizantinos, al contrario, trabajaban para sus enemigos despilfarrando su genio sutil, su ciencia estratégica, su arrojo personal, en empresas de guerra civil y de anarquía política. Donde se hubiera necesitado una mano de hierro, una dictadura implacable, no había sino tiranos débiles que sucumbían traicionados por sus eunucos y por sus generales. Si los turcomanos, en vez de asesinar a Roger de Flor, hubieran matado al Cesileo Miguel, el rudo almogávar habríase, tal vez, apoderado del cetro, y con el apoyo de sus españoles habría salvado el Imperio griego fundando una dinastía de déspotas conscientes, incapaces de dejarse dominar por los murmullos de la opinión. «Pero ese es un panegírico de la tiranía!» grita una voz irritada. El que lo ha hecho, no lo niega. En ciertos pueblos, en los de la América Española sobre todo, hay que escoger entre la tiranía y el desorden. ¿Qué le hace falta a mi patria, dice uno, para ser una nación estupenda? Un tirano... De lo que se trata es de encontrar al buen tirano soñado por Renán, al tirano apóstol, al tirano que vive no dominado por sus propios intereses, sino por los intereses de la patria. «La democracia en el gobierno—dice uno—es para pueblos viejos». «Y además—agrega otro, citando a Tocqueville—la democracia no forma sino pueblos tristes...»—«¿Era acaso vieja Atenas cuando inauguró el régimen democrático en el mundo?... ¿Es acaso triste Francia; la creadora de los Derechos del ciudadano?» Estas preguntas desconciertan a los que acaban de hablar. Pero Francia, para ellos, es un caso aparte, un fenómeno extraño, algo que obliga a pensar en un crisol en cuyo fondo los regímenes más opuestos se funden para formar siempre un estado que parece desordenado o frívolo, inconsistente o agitado y que, en realidad, es, a través de los siglos y de las revoluciones, el ejemplo más admirable de unidad moral y de centralización de poderes. No hay más que observar lo que pasó en 1914, cuando en todas partes se temía que el sindicalismo y el antimilitarismo hubieran minado las bases guerreras de la raza. Francia entonces se levantó en haz compacto, no como un solo hombre, sino como un solo soldado. Lo que engaña, en Francia, es el carácter de sus hijos, que tienen la coquetería de despreciar las disciplinas siendo muy disciplinados. En los campamentos, cuando llega una orden, todos los peludos gruñen... Napoleón llamaba *grog-nards* a sus veteranos... Una vez los gruñidos terminados, no hay quien se someta con mayor gentileza a las obligaciones comunes. Lo que Francia ha hecho en esta guerra, lo que Francia está haciendo, dejará pasmadas a las generaciones tuturas... ¡Ah! si la América latina, que con tantos celos copia las artes, las modas y la galantería francesas, supiera copiar su seriedad nacional, su unidad nacional, su

paciencia nacional... Con sus aparentes cambios, Francia sigue hoy la política de Luis XIV, que fué la misma de la Revolución, la misma del Imperio, que será algún día la misma de los socialistas triunfantes... Porque cuando un país ha encontrado su ruta en la historia y ha formado su alma, es imposible hacerlo cambiar sin matarlo... ¿Por qué ha desaparecido Rusia en su primera tormenta? Porque tenía, tal vez, un Robespierre y un Marat, pero no un ideal maduro. El Dr. Le Bon está en lo cierto al asegurar que si el Rey Sol resucitara, consideraría que ha habido desorden y violencias inútiles desde el día de su muerte, pero que su programa es el que ha continuado siempre rigiendo. En América, lo malo es que no hay programa, que no hay tradiciones... ¡Ah! y sobre todo lo que no hay es respeto... Un hombre de prestigio en América, tiene contra sí a todo el mundo... «Nos falta patriotismo»...

El que pronuncia estas últimas palabras es el mismo que, hace un instante, me hablaba con lágrimas en los ojos, de su patria lejana. Y lo curioso es que los demás, que en el resto de la charla no lo gran ponerse de acuerdo, al oír tal sentencia murmuran: «Es cierto... no hay patriotismo"... Bien sé yo que eso significa, sencillamente, que a los países de ultramar les faltan gobiernos capaces de sobreponerse a los intereses de los partidos. Pero aquí, ante estos hombres que son encarnaciones de una raza joven y ya madura, el pesimismo me choca.

—Hay que creer en el porvenir de América—les digo.

Entonces el médico argentino, cambiando el tono y cambiando también las ideas, exclama:

—Sí... sin duda... El único peligro serio que nos amenazaba era Alemania con su colonización hipócrita encaminada a la conquista... Yo conozco el Brasil, el Estado de Santa Catarina, los confines de la Argentina y del Paraguay..... Yo he visto las escuelas alemanas, las colonias alemanas... Yo sé lo que hacían, lo que preparaban, lo que soñaban. Mis paisanos comienzan ya a darse cuenta de que el peligro existía, aunque creen siempre que era lejano. No lo era. Diez años después de la guerra, si Alemania hubiera triunfado, habríamos sido alemanes en América... Es increíble la fuerza de ese pueblo. ¡Y sus apetitos!... Hay algo de morbosidad, algo de locura de grandezas en el pangermanismo... Por fortuna, Francia estaba aquí para salvarnos. Nosotros le debemos la independencia futura a la victoria del Marne... Aunque no fuera sino por agradecimiento, yo le habría ofrecido mi sangre a este pueblo sublime... ¡Viva Francia sagrada!

Hay en la actitud de estos doce guerreros una súbita gravedad que hace parecer más reflexivos sus frentes, más serenos sus ojos. En la atmósfera llena de humo, bajo el vuelo del último grito de amor y de fe, flota un murmullo infinitamente dulce y profundo, cual si los cruzados de ultramar dirigieran al cielo invisible sus salmos en honor de la tierra regada por la sangre de cien pueblos, de cien razas. En